



Zongolica: encuentro de dioses y santos patronos*

La obra de Aguirre Beltrán contiene un marco de referencia donde se desenvuelve todo el proceso de investigación, siendo el municipio de Zongolica, Ver. el espacio a seguir. De antemano, es patente su observación sobre el fenómeno de aculturación que se manifiesta en Zongolica, donde "las relaciones con el exterior se incrementan y el proceso de aculturación acelera vivaz el ritmo". (Pág. 9).

No está por demás señalar que Zongolica es una región propiamente indígena, predo-

* Gonzalo Aguirre Beltrán. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver. págs. 215. México, D.F. 1986.

minantemente nahua: 90% vernácula, 40% monolingüe, 9.35% monolingüe castellano, 50% bilingüe; según el censo de 1980. (Págs. 10-11).

El objeto de estudio se enfoca concretamente:

analizar el proceso de sincretismo religioso que ilumina el conflicto entre sistemas religiosos mesoamericanos opuestos y también el que se suscita entre la conjugación de éstos y la religión cristiana en tiempos de la invasión española. (pág. 14).

Es un ir hacia el pasado, donde Aguirre Beltrán a través de un análisis étno-histórico fomenta un modo de vida, una forma de pensamiento; a partir de aquí, nos induce principalmente al proceso de evangelización y sus efectos en Zongolica, manifestando siempre el sincretismo entre la religión del vencedor con la del vencido. A esto se agrega la importancia de las mayordomías y su persistencia, dejando la explicación en la hipótesis de MacNeish, en que la explicación del florecimiento y continuidad de las mayordomías en Zongolica sea derivado:

por el asentamiento del centro ceremonial bajo el mando de jerarquías sacerdotales, del cultivo de roza y el asentamiento compacto en ciudades seculares de la agricultura de irrigación (pág. 30).

Posteriormente el autor analiza la fusión de santos dentro de la "zona de refugio", tocándole a las órdenes mendi-

cantes (franciscanos) en desarrollar esta singular tarea. La premisa de esta fusión es martirio y sufrimiento contra tortura y muerte. En este caso los "Franciscanos" ponen frente a frente a elementos contrarios para que mediante el conflicto resultante se conjuguen los opuestos, formándose así San Pedro Tequillan, San Juan Teoixuacán, Santa Ma. Magdalena de Tlaquilpa, etc. A este enfrentamiento y sus resultados Aguirre Beltrán le llama "shock cultural", tomando prestado los términos de Kalervo Oberg, antropólogo norteamericano. Y que se entiende como el

síndrome que resulta de la pérdida de los signos y símbolos que nos sean familiares en la vida social y que permite orientarnos en la vida diaria" (pág. 154).

En el último capítulo de su obra Aguirre Beltrán se detiene un poco a examinar la importancia de la religión dentro de una sociedad, resaltando:

A). La religión como un instrumento de expresión y con múltiples funciones como disminuir la angustia e incrementar la seguridad del individuo y del grupo.

B). Promueve la solidaridad y la intensificación al crear un clima social en la cual la gente experimenta su identidad común.

C). Define el lugar del individuo en la sociedad y en el universo y le provee de un sentido

de identidad personal y de pertenencia al grupo propio.

Directamente no está de acuerdo con la concepción del Marxismo y del Psicoanálisis que conciben la religión "como una ilusión, una falsa percepción, destinada al apaciguamiento, al continuismo la regresión". (pág. 179). Su respuesta ante tal concepción es la de enfocar a la religión como un movimiento revolucionario, deduciendo que:

si pasáramos de la simple compulsión de las ideas y el intercambio de rasgos, o elementos culturales a la consideración de la gente creadora y usuaria de las creencias religiosas; de sus patrones de operación y expresión; de la estructura económica y social de la cual la ideología es parte y consecuencia bien puede adquirirse una visión distinta del papel que desempeña la religión (pág. 179).

Dentro de esta parte distingue el trabajo de Erich Fromm intitulado "El Dogma de Cristo", donde lo más trascendental es la distinción de tres períodos fundamentales en la conformación del cristianismo como sistemas de creencias y prácticas religiosas, que se han dado a través del tiempo y del espacio, (págs. 179-180).

Por último llega al tema del protestantismo, manifestando su incidencia dentro de Zongolica, o con sus propias palabras:

con vigor insólito se expande en la región un movimiento religioso de sobretonos revolucionarios que vienen agrupando a las clases desvalidas en una pluralidad de nominaciones protestantes o

en formas un tanto heterodoxas de la religión dominante como la teología de la liberación, (pág. 192).

Dentro del análisis y las fuentes de trabajo de campo, Aguirre Beltrán acepta que los protestantes alteran y dividen la costumbre establecida de la comunidad, manifestando el interés de encontrar las causas que determinan el movimiento mesiánico. Más adelante hace la observación de que los que están en contra de este movimiento se conforman con solicitar la expulsión del Instituto Lingüístico de Verano, afirmando que en Zongolica no hay ni ha habido miembros del ILV. Y concluye de manera tajante:

si el movimiento prospera y atrae por su carácter revolucionario, es indudable que responde a una inconformidad con la situación existente y a mi juicio desborda cualquier posibilidad de yugularlo por medio de la represión (pág. 193).

Finalmente para Aguirre Beltrán la adopción de nuevos cultos, bien puede ser la forma de esconder los aspectos político inheridos en el movimiento mesiánico como lo revela el TINAM.¹ (Pág. 204). En este caso,

¹El TINAM con su significado nahua: Timolochosque noche altepeme masewalme (unión de todos los pueblos pobres) nación a partir de la división con la OCIZ (organización de campesinos indígenas de Zongolica). Inicialmente existía un sólo frente que luchaba contra los caciques de Tequila, Atlahuilco y Tlaquilpa. La característica principal es que está liderado por catequistas jóvenes que pertenecen a la iglesia católica y donde su misión en la sierra es re-

para el autor las confesiones protestantes son o pueden ser un instrumento de lucha y enfatiza que:

en un país donde domina el PRI (partido revolucionario institucional), los indios (macehuales, como los llama él) sienten obstruidos todos los caminos de expresión política y se vuelcan en la organización religiosa como única tabla de salvación (pág. 204).

Así para Aguirre Beltrán este incipiente nacionalismo revolucionario, busca en los movimientos religiosos superar la identidad perdida procreando una sociedad nueva y discreta. Convirtiéndose esta última afirmación en una hipótesis de trabajo.

Particularmente apreciamos dentro de la obra de Aguirre Beltrán una gama de elementos relacionados con la religión y la importancia del análisis en el rescate de esos elementos tan ricos que pertenecen a nuestros antepasados. Metodológi-

forzar la afiliación católica tradicional, promoviendo el abandono de algunas prácticas como el culto a los santos; movimiento que Aguirre Beltrán señala como teología de la liberación. De esta forma las acciones políticas que lleva a cabo este grupo permite concebir al autor y generalizar una hipótesis de trabajo, introduciendo además a otros grupos protestantes que en nada se parecen al TINAM; captando aquí una pequeña contradicción cuando el autor acepta primero que estos grupos alteran y dividen a la comunidad. Para esto hay que tomar en cuenta que sólo señala la presencia de cuatro grupos protestantes en la comunidad de Magdalena, (que es donde se congrega la gente del TINAM) y uno en Zongolica sin explicar su funcionalidad o algún tipo de efecto.

camente es importante resaltar la variedad de datos y conceptos en la explicación de un hecho, y que nos deja a las nuevas generaciones el ejemplo a seguir dentro del campo de la investigación antropológica.

Es fundamental para los interesados en el tema de la religión retomar la hipótesis de trabajo, planteada por el autor. Por lo cual considero el trabajo como un instrumento de análisis dentro de la investigación social.

Eusebio Flores Vera



El Cerro de la Estrella

Seguramente pocos ciudadanos mexicanos han experimentado la sensación de grandeza que permite la cima del Cerro de la Estrella. Esta eminencia se lo-

caliza en la ciudad de México a un costado de la calzada Ermita Iztapalapa, y encima de ese cerro cada cincuenta y dos años celebraban la ceremonia del encendido del Fuego Nuevo. Eso lo ha de saber todo mexicano, pero pocos habrán pisado el lugar de los hechos. Lo hice un sábado de agosto de 1988. Entré por un costado de la citada calzada donde un letrero indica que el cerro en cuestión es parque nacional. Un camino carretero lleva al pie del mogote, a la cúspide. Las construcciones invaden las laderas y después del lento caminar aparecen hileras de eucaliptos y de otras especies que no identifiqué. Un caserón cercano es retén de la policía montada y, más arriba, en angosto terreno plano, una construcción de una sola planta es museo. Los datos están en la placa, afuera, en la entrada; "Museo inaugurado en 1986 con las piezas donadas por su descubridor Rafael Alvarez Pérez 1925-1984 (a) Chicopas".

Museo de una sala con vitrinas y mapas. Una maqueta muestra el antiguo lago de Tezcoco con una península donde se asentaba Iztapalapa al sureste de Tenochtitlán. En repetidos mapas aparece el jeroglífico de Iztapalapa descriptivo de las características del lago, pues significa "en el agua de las lajas"; de ese sitio de lajas una calzada conducía a la antigua

México-Tenochtitlán, la cual recorrió en 1519, en noviembre, el ejército español, suceso que no está ilustrado en este museito. En sus paredes resaltan escenas del encendido del Fuego Nuevo y la referencia de que un sacerdote del barrio Copolco se encargaba de repartir el fuego logrado en ese elevado santuario, donde en una ocasión se obtuvo en un prisionero cuya postura ilustró el maestro Alberto Beltrán, diciendo el pie de la ilustración: "1507. Se hizo la lumbre en el pecho de un cautivo de Huexotzingo de nombre Xiuhtlamin". En las vitrinas hay miniaturas de Huehuetéotl: dios del fuego, y de Tláloc, el del agua, y también se ven diversos idolitos equivalentes a milagros, exvotos, con los que subían al cerro para solicitar favores. Deidades penantes. Unas fotografías muestran escenas del viernes santo encendido en Iztapalapa como consolidada tradición, día en que suben con la cruz hasta cierta altura. Más arriba se mira una cruz, es de cemento, erecta hace como una década. Desde ella ya se domina bastante la ciudad de México, pero todavía algo la oculta, un mogote, con oquedades que llaman cuevas, junto a unas escalinatas de un antiguo y pequeño templo. Hay que trepar un poco más.

Un último jalón y estoy en la cima del Cerro de la Estrella, encima del cerro tengo la